

LIBROS / Narrativa

Cavamos en una oscura galería

Christa Wolf describe en su último libro un proceso de durísima autointerpelación sobre su agitada identidad biográfica y política. *La ciudad de Los Ángeles...* es un "examen de conciencia ficcionalizado", mezcla de reflexión histórica y apuntes literarios

La ciudad de Los Ángeles o El abrigo del Dr. Freud

Christa Wolf
Traducción de Carmen Gauger
Alianza, Madrid, 2012
459 páginas, 21 euros

Por Cecilia Dreyer Müller

ANTES DE empezar a comentar el último libro de la recientemente fallecida Christa Wolf —una de las grandes escritoras políticas del siglo XX—, hay que aclarar dos cosas: no estamos ante una novela y tampoco se puede hablar del "legado literario" (como dice la faja de la edición española). El legado literario de Christa Wolf, en todo caso, está contenido en su magnífico diario *Un día del año*. Y el género al que pertenece el presente libro es uno que sólo puede inventarse una prusiana protestante, podría llamarse "examen de conciencia ficcionalizado": una mezcla de autorreflexión histórico-política, animada con apuntes de diario literariamente elaborados, que Wolf llevó a la máxima altura con libros como *Muestra de infancia*, sobre su infancia en la Alemania de Hitler, y *Lo que queda*, la crónica de un día de una escritora observada por la Stasi.

En *La ciudad de Los Ángeles o El abrigo del Dr. Freud* la octogenaria Christa Wolf describe un proceso de durísima autointerpelación sobre su agitada identidad biográfica y política. Por qué se vio obligada a ello a finales de su vida es lo que realmente interesa saber de una escritora con nimbo de instancia moral en la antigua RDA y que nunca renegó del régimen. Pues no en vano la narración tejida en torno a las notas tomadas durante una estancia en California en 1993 arranca con una escena identitaria, en la que la escritora, invitada por un famoso "CENTRO" de estudios en Los Ángeles desafia a las autoridades de inmigración, mostrando un pasaporte de la RDA. "Are you sure this country does exist?" —Yes, I am, respondí lacónicamente, todavía lo recuerdo, aunque la respuesta correcta debería haber sido "no". El lector no entiende el alcance de este desafío a la primera, pues no sabe que estamos en 1993, y sólo conjetura que la escritora protagonista de este y otros enfrentamientos verbales relacionados con su origen de un Estado socialista desaparecido es Christa Wolf.

El camuflaje transparente, de hecho, es una de las notas irritantes de este libro que basa buena parte de su tensión narrativa en el conocimiento tácito de la biografía de Christa Wolf. Ella no es una invitada cualquiera de la Fundación Getty y



Imagen del Museo del Holocausto en Berlín. Foto: Paolo Pellegrin / Magnum Photos / Contacto

sus compañeros becados —el filósofo judío Peter Gutman, el italiano Francesco, el joven alemán Lutz, todas esas personas que con sus conversaciones activan el flujo de los recuerdos de la escritora— lo saben. Ella es la desencadenante, con *Lo que queda*, de la llamada "disputa literaria alemana" de 1990, y va a tener que responder como representante de sus conciudadanos reunificados ante personas que esperan de ella, de Wolf, una explicación de las profanaciones de cementerios judíos o de los ataques de neonazis a los centros de acogida de emigrantes. Y Wolf asume su papel, se lo exigen explícitamente o no. Tras una conversación con el director del Museo del Holocausto de Los Ángeles se pregunta desolada: "¿Cómo hemos de vivir los alemanes con eso? Es una carga que se vuelve cada año más pesada. Aquí no hay nada que elaborar, nada que deshacer, ningún sentido que encontrar. Sólo hay un crimen que sobrepasa toda medida, por nuestra parte, y un sufrimiento que sobrepasa toda medida, por su parte".

El sentido de responsabilidad moral del que hace gala Christa Wolf en este su último libro es —como siempre, habría que añadir— extraordinario. *La ciudad de Los Ángeles* impresiona como ejercicio de honestidad, como muestra de rigor ético, pues la dolorosa lucha a la que se somete su protagonista es contra ella misma, y en busca de una verdad sostenible. Asumir el fracaso de su proyecto político, salir de posiciones dogmáticas y salvar el conocimiento de su experiencia política, esto es lo que se propone y consigue la vieja y muy atribulada escritora con el lema "una vez más poner lo de abajo arriba". Eso sí, aclarando conceptos y términos. La caída del muro de Berlín ha sido una revolución, en eso insiste, una revolución pacífica. Terminantemente rechaza la palabra "cambio" usada por los políticos germano-occidentales, que no sólo le parece inapropiada, sino "tuvo la misión de velar el carácter de los hechos".

Y los hechos fueron grandes. Ella siempre en medio, desde el principio, desde

los años cincuenta. Los recuerdos la acosan, de comunistas admirados como Louis Fűrnberg, de Wolf Bartel, de Anna Seghers, que callaron ante la represión del partido; también de personajes luminosos como el disidente ruso Lew Kolopiew. Y siempre los de su amiga muerta, la vieja comunista Emma. Wolf intenta comprenderlos, no los condena, a pesar de haber luchado desde joven para desterrar la "penosa ideología estalinista". En EE UU se suelta el nudo, y la escritora, en medio de la tormenta mediática, cuando la acusan de haber callado sobre su colaboración con la Stasi, se da cuenta de que "ha pasado el tiempo de las lamentaciones y de las inculpaciones. Y también hay que salir de la tristeza y de la autoacusación y de la vergüenza. (...) Hemos de vivir conforme a una brújula interior insegura y sin moral adecuada, pero no debemos seguir engañándonos por más tiempo. No veo cómo terminará esto, cavamos en una oscura galería, pero tenemos que cavar, eso sí". ●

Foto en sepia

El amante uruguayo. Una historia real

Santiago Roncagliolo
Alcalá Grupo Editorial. Alcalá la Real (Jaén), 2012
362 páginas, 21,90 euros

Por Javier Goñi

LOS RESTOS DE Lorca están enterrados en Salto, Uruguay, a un paso de Argentina. O no. En ese retrato de grupo color sepia donde son reconocibles, con nombre al pie de la foto, Lorca, Borges, Neruda, Quiroga, Picasso, Chaplin, Aragon, y tantos más, existe una (x) que identifica, o no, a un personaje que mira fija y fieramente al frente, retándonos. Lo hubiera

dado todo por aparecer perfectamente identificado, reconocido, no tener que cargar con la afrenta de ser marcado a fuego con esa (x). Fue escritor, sin talento; fortuna tuvo, en cambio, pues era millonario y se dio la vida que quiso aunque nunca logró quitarse de encima la (x) que lo marcaba, como una res de esa tierra uruguaya, donde nació, o argentina, que también le acogió. Fue comunista, o compañero de viaje de cuyo acomodado bienestar supieron sacar partido los del Partido. Fue homosexual, aunque su mujer luchó toda su vida por conservar su memoria, su legado, su obra: todo está en Uruguay. Se llamó Enrique Amorim y fue el amante uruguayo de Lorca, el que le acompañó en su viaje americano de 1933 y al que le leyó *Oda a Walt*



Federico García Lorca, en la Universidad de Columbia.

Whitman, en una playa uruguayo; y el que iba con el poeta por la madrileña Gran Vía un día de julio, poco antes de

regresar definitivamente a Granada. Todo esto es cierto, o acaso. Roncagliolo ha escrito una apasionante historia real —así la define— intentando borrar esa (x) que aparece todavía en lugar de su nombre en esa imposible foto color sepia que es este libro, donde el andar rápido, de unos y de otros, de los citados líneas más arriba y de otros muchos más, por una abarrotada acera neoyorquina, zarandea y oscurece casi hasta hacerle caer, y ser pisoteado por la multitud, a este pobre Enrique Amorim, que vivió toda la vida queriendo ser otro, el que no alcanzó a ser. Se entiende, sí, la fascinación mostrada por Roncagliolo por este perdedor; por eso ha escrito una suerte de *quest* sobre el uruguayo que pretendió tocar con los dedos la fama, el reconocimiento; pero también puede leerse esta historia real como una magnífica novela puesta en pie con materiales ciertos, o presuntos. Vamos a andarnos, a estas alturas, con pejiñeras tales. ●